



Reseña de BAUER, S., (2020). *The Invention of Papal History: Onofrio Panvinio between Renaissance and Catholic Reform*, Oxford: Oxford University Press. 288 pp., ISBN N° 978-0-19-880700-1.

Ismael Del Olmo*

Universidad de Buenos Aires – CONICET, Argentina
delolmoismael@hotmail.com

PALABRAS CLAVE: Historia del Papado; Onofrio Panvinio; Renacimiento; Reforma.

KEYWORDS: Papal History; Onofrio Panvinio; Renaissance; Catholic Reform.

En enero de 1892, el historiador japonés Kume Kunitake, profesor de la Universidad Imperial de Tokio, publicó el artículo “Shinto wa Seiten no Kozoku”. Argumenta que el sintoísmo, lejos de ser una religión, debe ser entendido como un culto primitivo de adoración de los cielos; agrega que dicho culto no tuvo en sus inicios ningún lazo con la diosa Amaterasu, antepasado mítico de la Casa Imperial nipona. Las posturas de Kunitake respecto de las tradiciones japonesas correspondían al clima de renovación historiográfica que las reformas de la era Meiji habían traído, importando el método histórico-crítico desarrollado a principios del XIX en la Alemania de Leopold von Ranke. Las tesis de Kunitake despertaron indignación en sectores académicos y religiosos conservadores, preocupados por la cáustica modernización Meiji. El

* ID ORCID: 0000-0003-2935-8068

escándalo llevó a que el Emperador resolviera despedir al historiador de la Universidad y prohibir la circulación del artículo.

Recordé la suerte de Kunitake al leer *The Invention of Papal History: Onofrio Panvinio between Renaissance and Catholic Reform* (2020), escrito por Stefan Bauer (1972-?), doctor en historia por el Instituto Warburg y actualmente profesor de historia moderna en la Universidad de Londres. El libro estudia la figura y la obra del monje agustino Panvinio (1530-1568), quien, como Kunitake, vivió en una época en la cual renovaciones metodológicas en el ámbito de la escritura histórica (en su caso, las derivadas del Renacimiento) entraban en tensión con los constreñimientos dispuestos por la estructura teológico-política que lo empleaba. En esta línea, Bauer continúa una indagación comenzada en 2006 en *The Censorship and Fortuna of Platina's 'Lives of the Popes' in the Sixteenth Century*, analizando los alcances y límites de la escritura de historia eclesiástica en la Roma del siglo XVI. Era un momento en que “Roma” perdía progresivamente su estatus de sinécdoque de *christianitas*, lo que explica mucho de las condiciones de producción y recepción de ese género historiográfico y, por lo tanto, las censuras sufridas por Panvinio.

Organizado en una introducción, cuatro capítulos y un epílogo, más un apéndice documental y una lista exhaustiva de fuentes de archivo, obras primarias editadas y bibliografía secundaria, el libro entrelaza tres niveles de análisis. En primer lugar, la biografía intelectual de Panvinio y su producción historiográfica; dos, su contribución al desarrollo de una historia crítica basada en documentos y criterios filológicos; por último, la progresiva confesionalización de la historia eclesiástica al calor de las polémicas entre católicos y protestantes.

En la introducción (pp. 1-61), además de detallar el núcleo de cada capítulo, Bauer expone la originalidad de su enfoque: no existen estudios sobre el rol de la escritura de la historia en la imagen del papado en las décadas centrales del siglo XVI. Es cierto, se ha trabajado mucho sobre Cesare Baronio (1538-1607) y Roberto Bellarmino (1542-1621), símbolos de la escritura histórica militante en Roma a la salida del Concilio de Trento. Para defender a la Iglesia católica de las acusaciones de degradación pos-apostólica □ simbolizadas en las luteranas *Centurias de Magdeburgo* (1559-1574) □, Bellarmino y Baronio homologaron teología e historia: los documentos probaban la sucesión ininterrumpida desde Pedro y por ende la actualidad de la primacía

papal. Estudiar a Panvinio permitiría, según Bauer, reponer un proceso anterior, finalmente abortado: el desarrollo de una historiografía eclesiástica crítica, no totalmente balizada por intereses confesionales. Por lo demás, la búsqueda exhaustiva del monje en archivos, el contraste entre fuentes, su atención a la datación, su uso de criterios filológicos y la reproducción de documentos originales puntuando sus exposiciones (irónicamente, una práctica fundada por Eusebio y abandonada por la mayoría de los renacentistas por “medieval”) se leen como antecedentes posibles del método histórico moderno originado en la Alemania de Ranke y exportado al Japón de Kunitake.

Los capítulos 1 (pp. 16-61) y 2 (pp. 62-88) están dedicados a la biografía, obra y suerte póstuma de Panvinio. Bauer detalla las circunstancias de su nacimiento en Verona, sus primeras letras en la escuela catedralicia local, su ingreso al hábito negro de los Agustinos y su formación superior, durante el primer lustro de la década de 1550, en los *studia* de Nápoles y Roma. Panvinio se inclina pronto por el análisis de manuscritos, monedas, monumentos, inscripciones y documentos. Lo hace con el talento suficiente como para llamar la atención de patrones de peso. El General de los Agustinos, Girolamo Seripando, lo une a un proyecto colectivo sobre la historia de la orden; el animador de la Biblioteca Vaticana, Cardenal Marcello Cervini (futuro Papa Marcello II en 1555), sugiere sus primeras incursiones en la historia de la Iglesia antigua. Siempre a la caza de mecenas, Panvinio ofrecerá dedicatorias y proyectos sobre la historia de la Roma pagana y cristiana a Felipe II de España, a los Emperadores Fernando I y Maximiliano II y a un entusiasta coleccionista de la familia Fugger, entre otros. Su patrón más fiel, sin embargo, sería el Cardenal Alessandro Farnese, quien desde 1555 financia compras de libros, excavaciones, viajes de estudio y tiempo de escritura. También verá morir a Panvinio cerca de Palermo, de fiebre, entre marzo y abril de 1568, a los treintaiocho años. Como diremos más abajo, sus obras pasarán por diversas comisiones inquisitoriales hasta acabar arrumbadas en la Biblioteca Vaticana a fines del XVI, de donde serían exhumadas y parcialmente editadas a mediados del XIX.

El capítulo 3 (pp. 89-145) selecciona y analiza en detalle sólo una obra de un impresionante catálogo □escritos sobre magistrados romanos, sobre el Agnus Dei, sobre Cardenales, sobre textos litúrgicos, sobre reyes tribales francos, sobre la arquitectura de las iglesias romanas y un largo etcétera que justifica que, al morir,

Panvinio tuviera bajo empleo a tres amanuenses y un ilustrador. El *De varia creatione Romani pontificis*, iniciada en 1558 y finalizada en 1563, se dedica a rastrear las variaciones en el sistema de elecciones papales. Panvinio mostraba, siempre con base documental, diferentes tipos de elección: por designación en el caso de San Pedro, por elección de clérigos y laicos romanos en los primeros tres siglos, con tutela imperial a partir del edicto de Milán, necesitadas de juramentos de lealtad al emperador durante los Carolingios, con intervención imperial directa a partir de los Otónidas, por colegio de Cardenales con las reformas de Nicolás II 1059, entre otros.

Panvinio fundaba un campo de estudios minado: en el siglo de la Reforma, la evidencia del cambio en la Iglesia, una institución que hacía de la continuidad una de sus marcas principales, debía manipularse con cuidado. Argumentó que había sido la Providencia la que había informado las variaciones en la elección papal, a fin de adaptar su Iglesia a la diversidad de los tiempos y asegurar su supervivencia; los cambios, además, habían contado siempre con la aprobación de los Pontífices. Al decir de Bauer, si bien sus hipótesis parecían dar elementos para que el papado tutelara la Reforma Católica (por ejemplo, los debates pre- y pos-tridentinos alrededor de la reforma del cónclave papal), también, por vincular el cambio con la divinidad, abría una caja de Pandora que, en manos de luteranos, calvinistas, anglicanos y conciliaristas, ponía en peligro la primacía papal. Por otra parte, el libro no defendía a toda costa las prerrogativas romanas. El conocimiento detallado de los imperios Romano, Carolingio y Germánico permite a Panvinio exponer las relaciones entre la corona y la tiara, a menudo con críticas a los pontífices. Por ejemplo, consideró falso el documento “Pactum Hludowicianum” del 817 □incluido por entonces en compilaciones papales oficiales□, en el que Luis el Pío y Esteban IV habrían acordado que la elección y consagración del Papa quedaba en manos de la Iglesia. Panvinio muestra con documentos contemporáneos que la costumbre imperial de aprobar al Pontífice electo antes de que pudiera consagrarse seguía vigente en aquel tiempo. Más aún: el monje deja entrever que los intentos de la Iglesia por rechazar el consentimiento imperial □en especial desde Gregorio VII□ alimentaron en los papas su ambición de poder temporal, corrompiendo la institución. Bauer reivindica estas audacias de Panvinio: cuando en 1565 fue convocado por el Santo Oficio para el proyecto (finalmente malogrado) de refutar las *Centurias*, el monje, aun enemigo acérrimo de los historiadores luteranos,

mantendría una postura relativamente crítica hacia la historia pontifical. Esto explica tanto el respeto que los reformados le tributaron en los siglos XVI y XVII como las censuras católicas a las que fue sometido.

Por eso el capítulo 4 (pp. 146-206) se enfoca en la fortuna que los tiempos post-tridentinos reservaron a las obras de Panvinio, en momentos en que la Inquisición y la Congregación de los Libros Prohibidos ganaban lugar. En enero de 1569, a menos de un año de morir Panvinio, el Papa Pío V exige detener la venta de sus libros y prohibir la impresión de sus inéditos; antes debían ser revisados y expurgados. Bauer lista las comisiones que, desde 1570 a fines del XVI, con agentes inquisitoriales de la talla de Bellarmino y Francisco Peña, sugirieron correcciones. Por ejemplo, se censura el pasaje de *Historia ecclesiastica* en el cual Panvinio afirma que la conmemoración de los muertos fue introducida por Pelagio I (556-561), ofreciendo así una datación demasiado tardía para justificar la existencia del Purgatorio; del mismo libro se reprueba el papel protagónico que Panvinio otorga a Constantino en la convocatoria del Concilio de Nicea, en detrimento de Silvestre I, y la afirmación de que Adriano I habría dejado la elección de obispos en manos de Carlomagno. Dichas opiniones pasaban por simpatías imperiales inadmisibles en tiempos enfáticos respecto de la independencia y primacía del Pontífice.

El epílogo (pp. 207-212) reflexiona sobre lo distintivo de un período en el que la escritura de la historia eclesiástica podía aun mostrar una faz crítica, imaginativa, sin dudas estimulada por la polémica confesional, pero más propia del espíritu que solemos adscribir al Renacimiento. Con Baronio, el sucesor simbólico de Panvinio en el frente eclesiástico-historiográfico, primaría el camino dogmático, directamente panegírico. En lo sucesivo, el sesgo confesional, atento a la teología y a la defensa de las prerrogativas papales, no habría de abandonar a la Iglesia, en cuyo Index y con los años los nombres de Edward Gibbon y Ranke encontrarían al de Panvinio. Dejo este libro excelente con una sensación de inmutabilidad que debería ser ajena al historiador: como sucediera con Kume Kunitake en el Japón imperial, como Bauer demuestra con una biografía del siglo XVI, y como sucede hoy en el ámbito local e internacional, existe una tensión inescapable entre las hipótesis de la historia crítica y las demandas de lo teológico-político.